

mero instrumento del comunismo soviético, un hombre pusilánime, ambicioso e irresponsable que provocó la división interna del PSOE, se puso al servicio de Stalin y encadenó una serie de errores y fracasos que condujeron a los republicanos a la derrota. Con la presente biografía, Ricardo Miralles, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco y experto en la guerra civil, pretende rescatar a su complejo personaje tanto de los elogios encendidos como de las acusaciones extremas. Miralles considera que la figura de Juan Negrín es básica para entender un periodo fundamental de la historia reciente de España: el final de la República, la guerra civil y el exilio de los vencidos. Su pretensión es la de recuperar al hombre y al político —al médico, al socialista, al ministro de Hacienda y al presidente del Gobierno de la República— que hay detrás de la leyenda negra.

Cuando el doctor Negrín asumió la presidencia del Gobierno republicano, en mayo de 1937, estaba convencido de que una estrecha cooperación con los soviéticos proporcionaría la única posibilidad de supervivencia para la República. Miralles nos recuerda que ésta fue una percepción compartida por Azaña, Prieto y otras muchas figuras republicanas y socialistas. «La superioridad material de las fuerzas

de Franco —escribe—, con el apoyo generoso de Hitler y Mussolini, frente a las dificultades logísticas de la República, pese a la ayuda rusa, supuso que Negrín, por mucho que fortaleciese el Estado republicano, no iba a poder parar la creciente serie de derrotas». Fue entonces cuando, descontentos unos, espantados otros y amargados todos, los que antes habían compartido sus convicciones de la necesidad de colaborar con los comunistas, empezaron a echarle todas las culpas.

El profesor Miralles lleva a cabo una estudiada, minuciosa y bien documentada defensa de Negrín, presentándonos la imagen de un hombre de talento extraordinario y altísimo sentido del deber político y patriótico, pero sujeto a sus propias frustraciones y debilidades. Se trata del hombre, según nos dice su biógrafo que simbolizó mejor que nadie las difíciles circunstancias de la guerra de España desde el bando republicano, y que fue expresión, como otros hombres en otras partes, de la grave responsabilidad de los dirigentes políticos que debían decidir cómo poner coto a la barbarie que se alzaba por doquier en Europa y en el mundo. Juan Negrín fue un dirigente político en el epíclisis de la República crecientemente descompuesta. El profesor Miralles afirma que quiso mantenerla unida cuando todo eran fuerzas centrífugas, des-

tractoras de cualquier proyecto unitario. El Frente Popular fue ineficaz como instrumento de convergencia de los partidos; el PSOE entró gravemente fragmentado en la guerra y acabó rompiéndose por dos veces, en mayo de 1937 (con el apartamiento del «caballerismo») y en abril de 1938 (con la consolidación del viejo «centrismo» o «prietismo» y la emergencia del «negrinismo»); y el PCE, con una conducta cada vez más sectaria y orgullosa de su crecimiento y posición preeminente. Gobernar en estas condiciones era una tarea más que difícil y, por eso, el primer ministerio de Negrín pareció ser, en principio, el gobierno con el que había soñado Azaña; también lo fue para Prieto. Y lo fue hasta abril de 1938. A partir de entonces todo resultaron ser conjuras de los comunistas, turbios manejos, sometimiento a las directrices estalinistas de Moscú. Ricardo Miralles remata su trabajo diciendo que Negrín comprendió, quizá mejor que todos los políticos que le rodeaban, que la guerra de España no era una guerra civil cualquiera entre los españoles, ni un proyecto de restauración del régimen pasado, sino la primera de las batallas contra el fascismo que se levantaba en Europa, una guerra de implicaciones universales, la precursora de la gran contienda contra la barbarie que esta-

ba a punto de desatarse en el viejo continente. «Por ello –concluye–, desde mi punto de vista, Juan Negrín resulta más comprensible si se le sitúa en la estela de los hombres políticos de la década de los años cuarenta del siglo XX, que, en otros países –como en España él–, entendieron las exigencias de la hora dramática que se avecinaba y estuvieron dispuestos a resistir, igual que lo estuvo él».

Hay una faceta de la guerra civil española que, curiosamente, hasta fecha muy reciente no había sido objeto de investigación documental: el papel de la Unión Soviética, hasta dónde llegó la ayuda que prestó la URSS a la República, y el carácter exacto de su política y de su influencia. Sólo con la apertura parcial de los archivos soviéticos a lo largo de los años noventa ha sido posible empezar a aclarar este controvertido aspecto del conflicto español. La labor pionera llevada a cabo por Antonio Elorza, Marta Bizcarrondo, Mary Habeck, Gerald Howson y otros estudiosos ha aclarado muchas cosas en el ámbito relacionado con la Internacional Comunista y sus relaciones con el Partido Comunista de España, pero no ha ahondado en otras cuestiones. Concretamente, las relaciones de la República y la Unión Soviética durante la guerra en general fueron estudiadas por primera vez en la tesis doctoral leída por

Daniel Kowalsky en la Universidad de Wisconsin en 2001, bajo la tutoría del profesor Stanley Payne, y el volumen que comentamos es una versión revisada de la misma. La importancia fundamental de este trabajo radica en el hecho de que descubre las dimensiones de las relaciones hispano-soviéticas durante la guerra civil, ofreciendo un tratamiento sistemático de aspectos tan relevantes como los asuntos diplomáticos, la ayuda humanitaria y la propaganda, las relaciones culturales, la asistencia y la intervención militar, los envíos de armamentos, la suerte de los niños evacuados, el oro español y las cuentas de Moscú, los instructores soviéticos, la presencia de agentes secretos y sus crímenes... Sobre todos y cada uno de estos puntos Kowalsky nos ofrece nuevas precisiones y una visión crítica, cuyo resultado final es mostrarnos que gran parte de lo que creíamos saber o es falso o fue deformado por la propaganda franquista o por la visión partidista de la guerra fría.

«Aunque el Kremlin nunca presagió ni precipitó el estallido de la guerra civil —escribe el mencionado autor—, Stalin vio inmediatamente en los acontecimientos que estaban produciéndose en la península Ibérica una ocasión para la movilización en varios frentes». Efectivamente, a las pocas semanas del alzamiento de los rebeldes, Stalin había empezado ya a explotar la guerra de España para

fortalecer el apoyo a su régimen, que empezaba a flaquear.

Kowalsky destaca en su investigación que, aunque el régimen soviético había actuado con rapidez a fin de capitalizar el potencial de la guerra en beneficio de una campaña de solidaridad en el frente interno y a escala mundial, el Kremlin no se mostró de inmediato deseoso de involucrarse directamente en el embrollo español. Moscú esperó casi diez semanas antes de suministrar las primeras armas al bando republicano, y antes de expedir ningún tipo de armamento, envió a España un nutrido grupo de personal diplomático y de asesores militares. Simultáneamente, el problema de la financiación se resolvió mediante el compromiso por parte de la República de enviar a Moscú la mayor parte de sus reservas de oro. El resumen, Stalin no emprendió ninguna acción hasta que estuvo seguro de que la intervención de la Unión Soviética en España no iba a tener repercusiones económicas o diplomáticas adversas para su país.

¿Y fue Stalin el malvado entrometido, saboteador, oportunista y asesino que los detractores de su figura, entre los españoles de uno y otro bando, han dicho que fue? La tesis de Daniel Kowalsky es que «en el fondo, la aventura española de Stalin fue interesada y cínica, y constó de elementos verdaderamente insidiosos, pero su repercusión

deseaba ir más allá de las capacidades reales del Kremlin, de modo que si bien su ejecución fue siempre sorprendentemente ineficaz, sus consecuencias resultaron inesperadamente benignas».

Este libro va a ser una referencia necesaria e indispensable para todos los interesados en el tema que trata: el verdadero papel jugado por la URSS en la guerra civil española.

Isabel de Armas

La soledad del inocente*

«Alguien debía de haber hablado mal de Joseph K..., puesto que, sin que hubiera hecho nada malo, una mañana lo arrestaron». Así da comienzo *El proceso*, una de las más representativas e intrigantes piezas de la literatura kafkiana que desde su publicación ha sido pasto de la voracidad crítica. Ciertamente, no sorprende a estas alturas asistir a una relectura del Kafka atormenta-

* Kafka y la tragedia judía, *Sultana Wahnón*. Barcelona, Riopiedras, 2003.

do y oscuro que tenemos grabado a fuego en el subconsciente literario de nuestras noches adolescentes. Sin embargo, no es este el caso que nos ocupa, porque la profesora Sultana Wahnón ha hecho gala del rigor que caracteriza su producción teórica para abrirnos las puertas a una profunda visión del universo kafkiano en la que no hay cabida para la imagen apocada y triste del autor.

Lucidez y sabiduría son sin duda el sello que une a ambos –novelista y estudiosa– en un diálogo que trasciende la materialidad de la obra literaria para dar en una escrupulosa reflexión desarrollada en oposiciones binarias. Ficción y realidad, culpabilidad e inocencia, cultura clásica y tradición judía, modelo y genialidad conforman así, en un juego de pares, la estructura de esta investigación, cuyo punto de partida gira en torno a un hecho fundamental: la defensa de la inocencia de Joseph K. Y es que, como la propia autora explica en la introducción, en los últimos años buena parte de la crítica se había mostrado más proclive a buscar dónde residía el delito del protagonista que a cuestionar su culpabilidad. Esto mismo, unido a la consideración de la novela como una «obra abierta» por parte de Umberto Eco, interponía una serie de barreras sustentadas sobre una incierta ambigüedad que ahora habrá de ser suspendida en beneficio de una interpretación más cerrada.